

La Tumba de Sargerias

Escrito por Robert Brooks

Segunda parte: Viejos amigos

La voz de Maiev Cantosombrío era fría. —¿Terminaste, archimago? —preguntó.

—Casi. —Había poco tiempo. Khadgar envió al último elemental con instrucciones sencillas—. Encuentra a Gul'dan. La criatura, con forma de lágrima y compuesta únicamente de energía arcana, se alejó flotando. Más creaciones como esa ya estaban recorriendo la isla, de costa a costa, revisando las sombras. Una pena que no tuvieran la fuerza para una pelea real, pero Khadgar se daría cuenta si alguna era destruida.

Unos minutos antes, Khadgar había sentido un indicio de corrupción, pero no había durado. Si Gul'dan estaba cerca, probablemente se había retirado. Lástima. —Listo. Mis disculpas, celadora. Ahora, hablemos de la búsqueda.

—Tu búsqueda, no la nuestra —respondió Maiev.

—Ah, ¿así que los vigías ya no se ocupan de los intrusos? Es bueno saberlo. —respondió Khadgar con un tono suave—. Si Gul'dan es bienvenido aquí, entonces no tengo nada de qué preocuparme.

Eso no le hizo gracia a Maiev. —Si Gul'dan de verdad está aquí...

—Lo está —replicó Khadgar.

—Si lo está —repitió Maiev—, nos encargaremos de él. Luego de que discutamos tus fracasos en Draenor.

—¿Disculpa?

—Te enviamos a una vigía. Una hermana leal e incondicional que se había destacado muchas veces —comenzó ella.

—Maiev...

—Aun así, después de unos meses a tu lado, se volvió una traidora. ¿Por qué, Khadgar? ¿Qué tienes tú que hizo que se uniera a la Legión Ardiente?

—Pregúntale a Cordana cuando la veas —respondió Khadgar, con tanta calma como pudo, Maiev bien podría haberle clavado un cuchillo en el pecho—. No tengo dudas de que puedes persuadirla para que te responda. Pero no estoy aquí por eso.

—Ella nos envió informes, Khadgar —dijo Maiev—. Cordana estaba preocupada por el estado de tu mente. Muy preocupada.

—No hay tiempo...

—"Imprudente, arrogante, impreciso, terco. Lento para aceptar consejos". Y esas fueron solo sus impresiones iniciales. —Maiev y sus vigías se quedaron inmóviles, serias, un muro de desaprobación detrás del cual ninguna emoción podía divisarse—. Puede que cambiaras con los años, Khadgar, pero sonaba bastante familiar.

—Si quieres hablar sobre errores pasados, podemos hacerlo —dijo Khadgar—. Solo tardaremos un par de meses en repasar los míos. Y un par más con los tuyos —los ojos de Maiev se entrecerraron, pero Khadgar continuó—. Podemos hacerlo después. Ahora, busca en el sur —apuntó hacia el océano—. Seguro que tus vigías vieron humo sobre el agua. Son los restos del barco que robó Gul'dan. Lo quemó, junto con todos en él. —Ya no había humor en el tono de su voz—. Gul'dan está aquí. Pronto empezarán a encontrar los cadáveres. —Khadgar observó la forma en que los vigías se miraban entre sí—. Ah, ya lo hicieron. ¿Alguien importante?

La vigía lo miró con intensidad. —Unos cuantos Caídos de la Noche. Enviamos a Cordana contigo para evitar este tipo de desastres.

—Todavía podemos detener el verdadero desastre. La historia no se está repitiendo —dijo Khadgar—. Este Gul'dan no sabía cómo llegar aquí. Tampoco fue su decisión atravesar la Puerta Oscura. Alguien lo está guiando a cada paso.

—¿Por qué? ¿A dónde? ¿La Tumba de Sargeraz? Está vacía —agregó Maiev—. Ner'zhul tomó parte de su poder. Illidan tomó el resto.

Khadgar sacudió la cabeza. —Maiev, ya sabes qué desean sus amos: una puerta abierta hacia Azeroth. Ya intentaron crear una. Tal vez quieren intentarlo de nuevo.

—No es posible.

—No lo es para ti o para mí —respondió—. La Legión no se esforzaría tanto en una misión inútil. Gul'dan está aquí para reclamar la tumba en su nombre. Ayúdame, Maiev. Tú y tus vigías. Juntos podemos detenerlo. ¿No es eso exactamente lo que exige tu deber?

Maiev observó a Khadgar sin pestañear. Pasaron unos momentos.

Entonces, tomó una decisión.

—A mí —ordenó. Sus vigías se reunieron al instante, las órdenes salieron rápidamente—. Reúnanse en la Bóveda del Traidor. Quizás debamos trasladar todo en su interior.

Khadgar se quedó sin palabras.

Las tropas de Maiev saludaron y respondieron al unísono. —¡Sí, celadora Cantosombrío! Partieron sin dudar y desaparecieron por el sur. No hacia la tumba, sino en la otra dirección.

Khadgar no dijo nada. No pudo. Maiev le había ordenado a sus vigías que partieran. No lo ayudarían. —Maiev, ¿qué haces? —preguntó por fin.

Maiev lo miró. Ya sin sus subordinadas, sus palabras cayeron como un martillo sobre un yunque: —Fracasaste al detener a Gul'dan en Draenor. Fracasaste al detenerlo aquí. Robó un barco, ¿no es así? ¿Es tan difícil para un cuervo rastrear una nave lenta e impulsada por el viento? Son fracasos tan extensos como el océano.

Khadgar no podía creer lo que escuchaba. —La Legión Ardiente misma se nos opone. No sabes nada de lo que hemos enfrentado en Draenor —agregó.

Pero Maiev no había terminado. —Gul'dan navegó a las Islas Quebradas antes de que lo alcanzaras. ¿Y entonces qué? ¿Un pequeño incendio le permitió escaparse y nadar el resto del camino?

Un pequeño incendio.

Había sido una nave mercante con muchos pasajeros. Cuando Khadgar vio el barco por primera vez, Gul'dan había apilado los cadáveres disecados y marchitos de los adultos en la cubierta y usado a todos los niños, aún vivos, como escudos.

Entonces, con una sola chispa de fuego vil...

El recuerdo llenó a Khadgar de ira, y habló sin pensar: —Lo olvidaba, tú nunca sufres esos contratiempos. Recuérdame: ¿cuántas de tus hermanas dejaste que murieran durante la cacería de Illidan?

En el prado reinó un silencio absoluto. Cada segundo que pasaba expandía el abismo entre ellos.

Cuando Maiev respondió, lo hizo con rotundidad.

—Cualquier ayuda que te diera sería un desperdicio. Además, te equivocas. No queda nada en la tumba. Cada rastro de poder que alguna vez almacenó ahora está contenido en los restos de Illidan. Y esos están en la bóveda. Ese sería el verdadero premio de la Legión. Ahí es a donde iría Gul'dan. Así que mi deber me obliga a ir allí, a detenerlo —respondió.

Khadgar mordió su lengua para no responder. En verdad necesitaba su ayuda. —Celadora Cantosombrío —dijo, casi en súplica—, conoces la tumba, yo no. Esa puede ser una ventaja crucial.

Maiev le dio la espalda. —Buena suerte, archimago. Cuando te des cuenta de tu error, encuéntrame en la bóveda. Tenemos mucho más para discutir. —Y salió corriendo tras sus vigías.

Khadgar no intentó llamarla. —Muy bien —dijo por lo bajo. Unos segundos después, Maiev se había ido y Khadgar estaba atravesando los cielos como un cuervo. Rodeó los naufragios en un intento por sentir a Gul'dan. Fue inútil. No sintió ninguna presencia distinta a la de los Caídos de la Noche. O Gul'dan había encontrado la manera de atravesar la bahía, hacia Thal'dranath, o había huido al norte, hacia Suramar y Altamontaña. Una de esas posibilidades era mucho más peligrosa. Khadgar viró sobre el mar abierto, serpenteando hacia la isla oscura con la antigua estructura abandonada que se erguía sobre ella.

Por primera vez en años, quizás décadas, se sintió desesperado. Ni siquiera atravesar el Portal Oscuro en una misión suicida lo había colmado de un temor así. El objetivo de la Horda de Hierro había sido claro entonces: conquista. El fracaso de Khadgar habría significado su muerte. Incluso alcanzar el éxito había requerido el sacrificio máximo. Había cierta paz en enfrentar eso. Pero la Legión Ardiente... Khadgar la había estudiado por mucho tiempo, pero aun así no había descubierto sus verdaderos objetivos. Para la Legión, subyugar Azeroth era solo un medio para un fin. ¿Qué venía después de esclavizar o incinerar a toda criatura viva? No lo sabía. Y temía la respuesta.

Esa era una de las razones por la que se había concentrado en Gul'dan cuando estuvo en Draenor. Podías aprender mucho de la forma en que tus oponentes mueven a sus peones.

Y la Legión probablemente envió a su peón directo a la tumba de Sargeras, pensó Khadgar. Maiev tenía razón en algo: el lugar había perdido cualquier elemento útil hacía años. El Kirin Tor se había encargado de los naga, y los artefactos de poder restantes, escasos como eran, habían sido encargados a la protección de las vigías. Intrincadas cerraduras y barreras arcanas protegían toda la estructura, lo suficientemente fuertes como para alejar a los ladrones, aventureros y agentes siniestros de una vez por todas.

Solo un individuo muy poderoso y muy motivado podría lograr entrar. Eso significaba que Gul'dan no tendría muchos problemas para hacerlo. Solo era cuestión de descubrir cómo planeaba entrar...

¡BUM!

Bien, un misterio resuelto, pensó Khadgar. El ruido distante y amortiguado alcanzó sus oídos un instante antes de que una poderosa onda agitara el aire. Sus ojos de cuervo miraron hacia abajo, hacia la isla de Thal'dranath, mientras el viento parecía estremecerse entre sus alas. Una nube de polvo se levantaba sobre la Tumba de Sargerias. Khadgar se lanzó hacia ella.

La entrada estaba en ruinas, completamente destruida. Khadgar bajó en espiral hasta el suelo. Las alas se convirtieron en carne y cabellos plateados; sus dedos flexibles para posarse se tornaron en pies cubiertos con botas de suela blanda. Pasó en un instante, como siempre. De todos los trucos que había aprendido de su mentor, este era su favorito. Al tiempo que tocaba el suelo con los pies, extendió los brazos para alejar la persistente nube de polvo y piedra pulverizada. Todas las barreras, mágicas y físicas, que sellaban la tumba de este mundo habían desaparecido. Solo quedaban residuos viles. Era obra de Gul'dan.

Khadgar permaneció inmóvil. Escuchando, sintiendo. Podía sentir el cosquilleo distante de la magia vil. Gul'dan ya estaba en su interior. Ya estaba trabajando.

Sería extremadamente peligroso entrar solo, y podría tardar demasiado buscándolo en la tumba, corredor por corredor. El interior era como un laberinto. No había una forma fácil de seguir los pasos de Gul'dan.

"A menos que..."

No, era una idea estúpida.

Khadgar respiró profundo. Exhaló. Seguía siendo una idea estúpida, pero no se le ocurrió nada mejor.

—Pues bien... —dijo sin esperanza. No le quedaba más que hacerse cargo.

Khadgar corrió al interior e inmediatamente fue recompensado con dolor. Un charco oscuro se abrió bajo sus pies. Abisarios lamentosos lo atravesaron desde otro plano de existencia y tomaron sus piernas, el suyo era un toque congelado, su agarre tan fuerte como para convertir huesos en polvo. Khadgar desató una explosión arcana contra sus rostros sin forma y quedó libre.

La trampa de Gul'dan había fallado. Su primera trampa. Habría más, seguro. —Y eso es bueno —murmuró Khadgar. Cuando encontró una habitación con corredores que se ramificaban, envió un rayo de energía por cada túnel.

Una llamarada de fuego explotó en el túnel de la izquierda. Perfecto.

Khadgar giró a la izquierda y atravesó las llamas. Adelante, a unos cien metros, lo esperaba otro cruce. Esta vez, el túnel del norte brillaba. Khadgar ni siquiera se detuvo para destruir la trampa.

Gul'dan era manejado por alguien. Eso era claro. No habría tenido tiempo para dejar rastros falsos. Khadgar siguió corriendo. Podía seguir las trampas de Gul'dan. Su plan no era tan malo después de todo.

Corredor tras corredor, pasaje tras pasaje, Khadgar siguió corriendo. Las trampas de Gul'dan eran débiles, creadas con apuro. Khadgar se negaba a aligerar el paso. Eso salvó su vida cuando una flecha gigante salió de una dirección inesperada. Si Khadgar hubiera estado un paso atrás, la lanza de fuego verde giratorio habría perforado su corazón en lugar de rasgar la parte trasera de su capa.

Mientras se adentraba más en la tumba, Khadgar notó las líneas elegantes inscritas en los muros. ¿Runas arcanas? Era raro encontrarlas en un lugar así. Eran desconocidas, más avanzadas que cualquier otra cosa que hubiera visto. Eso era problemático. Algunas brillaban. Más problemático aún. Gul'dan no tenía experiencia con lo arcano.

¿O sí? Pensó Khadgar rápidamente. ¿Qué está sucediendo? Aegwynn había fortificado este lugar siglos atrás, ella era la guardiana más poderosa que había caminado este mundo. Lo que sea que hiciera aquí, superaba por mucho las habilidades de Khadgar.

Y estaba bajo la influencia de Sargerass cuando lo hizo.

Esa idea hizo que Khadgar se detuviera en seco. Otra trampa, solo a centímetros, se agitó y explotó. Se protegió con un gruñido de molestia y no sintió nada. Una de las runas estaba tallada en el techo del salón. La estudió con cuidado. Sí, nunca la había visto, pero la manera en que sus ángulos se doblaban, la manera en la que canalizaba energía... tenía un propósito familiar.

Una runa como esta podía usarse como parte de una cerradura.

No una cerradura, comprendió Khadgar con horror. Esta runa era una pequeña parte de una llave. Una llave enorme y oculta, esparcida por toda la estructura de la tumba misma. Su complejidad era... cósmica. Khadgar no podía pensar en otra palabra. Tratar de comprenderla con una sola runa era como tratar de estudiar el océano con una sola gota de agua.

—Que la Luz nos ayude —respiró Khadgar. No había misterio sobre lo que abriría la llave. La Legión Ardiente había intentado crear un portal en este lugar hacía mucho, mucho tiempo. Había fracasado. El poder de la Legión había quedado inerte. Todos los eruditos del Kirin Tor estarían de acuerdo en eso.

"La Legión Ardiente sabe algo que tú no; de lo contrario, su marioneta no estaría aquí", Khadgar se recordó a sí mismo.

¿Había construido Aegwynn esta llave intencionalmente? ¿O era Sargerass el responsable, trabajando a través de ella, corrompiendo sus acciones de una forma tan sutil que no pudo notarlo? Khadgar no lo sabía. Todo lo que podía deducir era que esta runa tenía un propósito deliberado. Si intentara modificarla, seguro bloquearía su poder. O podría devolvérselo. Ese tipo de cosas tendían a ser un poco fatales.

Empezó a correr de nuevo. Gul'dan estaba cerca. Si Khadgar eliminaba al único peón de la Legión en la isla, los planes de los demonios quedarían hechos polvo.

El corredor empezó a doblarse en la misma dirección. Khadgar dejó que lo llevara al interior, hacia las ráfagas latentes de vileza. No había más trampas.

Una entrada estrecha y decorada llevó a Khadgar hasta una cámara enorme, su techo se fundía con las sombras. Y allí, en el centro, estaba su presa.

Gul'dan estaba en el suelo, agachado, haciendo señales pequeñas sobre una baldosa brillante. Se volvió, y Khadgar vio cómo sus ojos rojos se dilataban con sorpresa.

Khadgar dio un paso adelante sin señal de duda. —Ha pasado mucho tiempo, viejo amigo. — Una energía letal brotó de las manos del archimago—. Había estado esperando esto.

Gul'dan rugió: —Con que sí, ¿eh?

Un fuego verde se entrelazó con el poder violeta.

La Tumba de Sargerass se estremeció. La batalla había comenzado.

©2016 Blizzard Entertainment, Inc. Todos los derechos reservados. Legion es una marca comercial y World of Warcraft, Warcraft y Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas comerciales registradas por Blizzard Entertainment, Inc. en Estados Unidos o en otros países.